## La epopeya del proletariado

Aquella fué un enorme grito que resonó en el espacio como un epílogo. Y fué así porque el prólogo había sido hecho el 14 de julio de 1789. ¡Cuántos sueños se alejaron después de aquella ruina. Pero la tormenta revolucionaria todavía vivía de los símbolos. Con las piedras de la Bastilla, destruída por el pueblo, había sido construída la acrópolis del nuevo régimen, en cuya cima tremolaba la bandera de los derechos del hombre.

Y las multitudes seguían a aquella bandera como un faro de redención; pero, bajo el oriflama, vieron que el edificio había sido construído de la misma materia: las piedras, los cepos, los hierros de la vieja Bastilla.

Los que entonces hurtaban a la plebe surgieron en defensa de la revolución, rompiendo todo contacto con la Europa dinástica, elevando hasta las alturas al genio hecho violencia y exterminio: Napoleón. Gloria de sangre para la Francia y para él. Pero genio que fué maldito desde que habló con el cetro y el cañón.

La promesa del 89 no hacía sospechar a nadie que llegara a esa finalidad; no preludiaba ese acontecimiento, ya que nadie esperaba la desilusión; y esta vino con el siglo XIX.

Así surge el epílogo de la Commune, después de la restauración de la segunda década, después del fracaso de 1848.

La revolución, extrangulada por la asamblea prostituída por los tribunales, martirizada por la tiranía antigua y reciente, tomaba de nuevo el camino y marchaba...

Esta vez se erguía de entre los cadáveres sangrientos de Sedán, donde yacía con las alas rotas y sin fuerza el águila napoleónica. Había elevado su voz sobre la extensión plana de la Francia, desolada por el exterminio; había despertado al proletariado que en el campo sufría y se imponía con un gesto libertador en el palacio de la ciudad.

Y habló fuerte: "Trabajadores de Francia, oíd. La guerra os robó el pan y las jóvenes vidas. Los ladrones de todos vuestros bienes os reclaman ahora sumisión, los mismos que os condujeron al matadero. Los enemigos no son los prusianos, vosotros los tenéis en la misma ciudad; son los amos de vuestros brazos, de vuestra libertad. Luchad contra estos extranjeros, mucho más peligrosos que aquellos del otro lado de las fronteras; la Commune de París levanta contra ellos la bandera de guerra.

"Corred vosotros, los que tenéis la frente hundida hacia el suelo. Corred vosotros, a quienes la tiranía cargó de cadenas doradas. Vuestros derechos no fueron más que palabras. Vuestras garantías no son más que mentiras.

"Hombres del trabajo, surgid contra los señores que viven en pleno ocio. Hombres de la libertad, romped las cadenas que os atan e impiden andar libremente.

"Ciudadanos de Francia, llamad a grandes voces a los ciudadanos del mundo.

"Llamadlos para que vengan a la pelea por la justicia social. Ellos son vuestros hermanos, quienes también tienen sus enemigos en la propia casa, lo mismo que sus ladrones.

"Llamadlos en nombre de la miseria de todos y de la fe santa de los opresos, en nombre del odio santo contra toda la opresión.

"Llamad a los hijos en nombre de los padres y a los padres en nombre de los hijos, y contra las murallas del privilegio, suscitad la cólera de las mujeres; haced que todos los corazones de madre latan al unísono y se apresten a la revuelta por la redención de la prole humana."

Así habló. Y la palabra parecía temeraria. Era la primera vez que el pueblo luchaba por sus propios intereses, y la declaración de los derechos del hombre servía de preludio a la proclamación de los derechos de la vida.

La Commune no tenía más que un baluarte compuesto de pechos plebeyos. Desde Versalles, la asamblea de la capitulación y de la rapiña, esperaba los sucesos.

La Europa cerraba, con el terror, las murallas, y contra la *canalla* de París se forjaba una leyenda infame.

El acto de la acusación se desencadena—eco que dura todavía en la ignara mente de la colectividad—con delirio de ferocidad y de miedo.

"—La columna de la gloria—rugían rabiosamente y rugen todavía los acusadores—fué abatida por los vientos huracanados que imperaban en el pueblo.

"—Aquella columna—dirá la historia justiciera—fué destruída por los cañones ensangrentados en la carnicería que el genio, transformado en locura del dominio, hizo sobre la tierra. Abatir aquel símbolo era elevar sobre las ruinas del militarismo el emblema de la razón y de la paz.

"—La Commune obró combatiendo—responde ya una nueva conciencia histórica—. Cada acto suyo, cada gesto, fué hecho bajo la coacción desesperada de la defensa. La breve epopeya proletaria no ha vivido más que de agonía, y cada rayo de luz suya alumbró tras el espasmo de la resistencia."

Pero la calumnia no cesa; es una hiena que se sació con los asesinatos macabros de Mayo, y continúa su obra.

No olvidéis vosotros, doblemente esclavos de cuerpo y alma, esta grande gesta del pueblo. Fué bien hecha—a pesar de sus errores—porque el alba sangrienta de vuestra historia fué impulsada y alimentada por el dolor y la muerte de sus héroes.

Epopeya, ¿por qué no? Héroes fueron aquellos militantes del taller, de la oficina y la cantera, y gloriosa su gesta, ya que fué arrastrada a una violencia inevitable por los feroces que habían sido derrotados tras las fronteras.

Epopeya de sangre, ya que el derecho no tiene todavía la virtud de penetrar en los pechos humanos más que por el filo de una espada. Y así es el derecho condenado a muerte.

Los héroes del trabajo, que combaten por la vida, como aquellos insurgentes del 18 de marzo y como los mártires de la *semana sangrienta*, en mayo de 1871, son heraldos valerosos y buenos...

PEDRO GORI

## Palos y pedradas

### NADA DE EVOLUCIONES

Todos los políticos en cuanto no se hacen una personalidad y no crean un gran partido apelan al pueblo para enardecer su entusiasmo y para que éste le sirva de pedestal para elevarse a las alturas del poder.

Así se repite continuamente la historia. Esto es lo que hace un señor Pastor, redactor de *Ideal*, de Zaragoza, quien en vísperas de elecciones dice lo siguiente:

«Si queremos ser libres, en lo más estricto de la palabra, o sea no vernos encarcelados como un pajarraco, pues no es esta ciertamente la libertad que debe distinguirnos del resto de los animales, debemos paralizar nuestro corazón cuando sienta, embotar el cerebro cuando éste discurra, paralizar nuestra mano cuando el impulso de la corriente nerviosa que la injusticia enciende en el corazón y calma en el extremo de la pluma, hagan a esta trazar la gráfica de nuestros pensamientos. Tendremos que conformarnos a perder la sensibilidad, la voluntad, la razón y demás dotes que nos adornan, dejando que unos cuantos, con menos mollera que un cangrejo, hagan el oficio de timoneles en el rumbo de nuestro pueblo.»

Diciendo cosas parecidas se elevó Lerroux sobre las espaldas del pueblo de Barcelona, y es necesario estar alerta contra todos aquellos que quieran actuar de candillos.

Sí, seamos revolucionarios, pero que nuestra revolución sea intensa, que sirva para derrumbar el armatoste social y para crear otro en el que no sea posible la elevación de los candillos y la continuación de las tiranías; y los pueblos han de desconfiar siempre de todos aquellos que quieran organizar partidos políticos para hacer revoluciones a plazo fijo.

Sólo así podrán libertarse los pueblos.

### UN PÉSAME Y OTRO PÉSAME

A consecuencia de un alud, por el que perecieron quince soldados, el emperador de Alemania ha telegrafiado su pésame al emperador de Austria.

Nosotros, que no somos emperadores ni mucho menos, también hemos radiotelegrafiado nuestro pésame, sincero, al *Emperador del Paralelo* por el formidable alud electoral que le vino encima el 8 del corriente, en que fueron heridos de muerte segura, muerte política se entiende, dicho soberano y su lacayo y lugarteniente Emiliano Iglesias, el célebre *delator de Ferrer*.

### RESOLLANDO POR LA HERIDA

El Emperador del Paralelo, después del terrible batacazo recibido en las elecciones generales del día 8 decía ante el auditorio de *borregos* de la Casa del Pueblo:

«De hoy en adelante hemos de cambiar de táctica. A esta casa y a nosotros acuden, por ejemplo, los anarquistas, cuando se ven perseguidos y encerrados en la cárcel, sin perjuicio de pagarnos en la peor moneda.»

Lo que no dijo el pobre diablo del cuento es que para llegar a ser Emperador tuvo que aprovecharse de aquellos anarquistas que habían sido torturados y ajusticiados en Montjuich.

De eso no quiere acordarse, porque aquellos muertos hace tiempo que lo son y al revolverlos echarían mal olor, y ahora el Emperador se ha hecho algo delicado de la nariz.

En fin, resuelle el Emperador por la herida, que no le vendrá mal, porque así podrá curar en algo el mal de nervios que sufre su lugarteniente, el cobarde de la *semana roja*.

### TODO UN EJÉRCITO

Así puede llamarse todo el conjunto de soldados y cabos que ha votado en las pasadas elecciones por la *candidatura del ridículo*, en la que figuraban los nombres de Pablo Iglesias y Fabra Ribas.

Ya pueden estar satisfechos, porque de esta hecha cuentan con un ejército formidable capaz de hacer que el Estado, de organismo burgués, se transforme en organismo socialista y haga la felicidad de los pobres obreros españoles.

Victorias como estas no se ven todos los días, por lo cual pueden ser felicitados.

### LA "SARNA" SINDICALISTA

Los señores socialistas, y en especial los que redactan *¡Adelante!* de Valladolid, están que los lleva el diablo ante el progreso que va adquiriendo la táctica antireformista, federalista y revolucionaria que siempre han practicado los anarquistas, pues como los sindicalistas revolucionarios están haciendo dentro de la organización obrera una obra verdaderamente emancipadora y como haciendo esa obra las cajas de las sociedades de resistencia no podrán servir para pagar grandes dietas y gastos electorales, amén de otras cosas, como es el mantenimiento de diputados, etc., esos socialistas no se avienen a eso y atacan a los sindicalistas hoy con el mismo furor y la misma rabia que ayer atacaban a los anarquistas.

Protesten, señores, protesten, que, aun así y todo, tendrán sarna para rato, la que habrán de rascar hasta que no les quede más que la carne viva, y entonces esa sarna continuará su obra hasta conseguir lo que desea: vuestra muerte.

### UNA CATILINARIA

La *Unión General de Trabajadores* no sabe qué hacer para demostrar que existe, porque aunque traiciona todos los movimientos emancipadores del proletariado español, unas veces engañándolo por medio de arbitrajes y otras zarandajas por el estilo y otras avisando al gobierno de que estos movimientos son patrocinados por los anarquistas, ahora, para dar señales de vida, ha remitido una protesta al gobierno inglés contra el gobierno africano por haber éste expulsado a *leaders* obreros del Transvaal, y en dicha protesta dicen lo siguiente:

«Sepa el gobierno sudafricano que contra su tiránica y brutal conducta se alza el proletariado organizado del mundo entero para condenarle y execrarle.

Sepa también el expresado gobierno que las prohibiciones de legítimos derechos, persecuciones y deportaciones no detendrán la marcha del proletariado organizado de aquel país a la conquista de un Estado que termine con los privilegios y tiranías capitalistas.»

Si eso hubiera ocurrido en España la organización que protesta no diría ni una palabra, y si algo decía sería para perjudicar a los revolucionarios.

Eso es todo.

### ESTAMOS DE LUTO

Barcelona está de luto, y si no lo está a estas horas no tardará en estarlo. Y no sabremos en nuestro cuerpo hasta que pasen siquiera dos semanas para saber si es cierto esto que decía *El Progreso* del día 7 del corriente:

«Hay que votar la candidatura plena. Borrar un nombre es una traición infamante. Quien caiga en ella merece ser fusilado por la espalda.»

Porque habiendo sido borrados los nombres de Lerroux e Iglesias en varias candidaturas y los de todos en otras, esperamos que se cumpla la amenaza. Por eso decimos que Barcelona está o no tardará en estar de luto.

Por nuestra parte, ya tenemos hecho nuestro ajuar negro y ya hemos encargado nuestra caja por si se cumple esa amenaza, porque entendemos que hombre prevenido vale por dos.

### UN MENDIGO

Hay ciertas épocas en que hasta los señores más encumbrados se transforman en mendigos, y en este caso lo son todos los aspirantes a diputados y a concejales cuando llegan las elecciones. Pero, si todos lo son en esa época, ninguno lo ha sido en grado tan superlativo como el candidato ministerial por Valencia doctor Moliné, quien ha tenido la ocurrencia de mendigar el voto no sólo a los ciudadanos sino también a los anarquistas de aquella localidad, haciéndolo en público y por medio de *El Noticiero*, diario que allí ve la luz. Véase la forma de mendigar:

«Oíd anarquistas valencianos, oíd mi consejo y dadnos vuestros votos. Veréis como no os irá mal. Veréis como acierto.

Una vez os aconsejé y acerté y en este mi segundo consejo, si lo aceptáis como el primero, también acertaré.

Votadnos todos, que sois muchos; votadnos y veréis que pronto os traeremos como primer paso, en firme y positivo para vuestra redención justa y sana, 100 millones de pesetas votados en sesión patriótica, tal vez pedidos en el mismo discurso de la Corona.

¡Anarquistas, amigos míos: nadie se acuerda públicamente de vosotros, nadie os pide el voto, yo os lo pido en nombre de las honradas intenciones que tenemos para vosotros los candidatos de la coalición!»

Hasta ahora, todos los que mendigaban el voto decían que harían la revolución desde el Parlamento o darían buenas leyes, pero éstos, que no conocen el paño, ofrecen nada menos que cien millones de pesetas votadas en sesión patriótica.

No te rías, lector, porque las pesetas no vendrán, ya que los anarquistas, haciendo oídos de mercader, no han votado, dejando así en mal estado el cuerpo de ese mendigo electorero, porque no podrá sentarse en los escaños para pedir los cien millones del *ala*.

Tenga paciencia el doctor Moliné; para otra vez será. Después de todo, ya aumentará la riqueza española y para otra podrá mejor votar, en lugar de cien, mil millones de pesetas para redimirnos.

Tenga paciencia y espere...

## La socialización de los goces de la vida

Los anarquistas, buscando la expresión gráfica, sencillamente entendible, para dar a conocer nuestras ideas, hemos dejado aparte toda expresión retórica, sin preocuparnos de si el bien decir podría ser una causa que podría ayudar a la simplificación del problema árduo que tenemos entre manos, como es la demostración anarquista, en sus variadas cosas, que resumen en sí la vida toda de la humanidad.

Nos parece a nosotros, que con decir anarquía, socialización de los medios de vida y de producción, tenemos ya una demostración bastante gráfica, comprensible, capaz de definir con ella sola todo nuestro credo doctrinal. No es así; pues a mi modo de entender yo creo que no sobran nunca los adjetivos que hermosean, simplifican y hacen asequible el ideal a cuantos tienen necesidad, para comprender, que se les repita de mil formas distintas y en imágenes retóricas variadas, lo que puede ser nuestra vida en la futura sociedad anárquica.

Las palabras con que titulo este artículo, son una prueba de lo que digo, ya que noté el efecto que hicieron al ser pronunciadas en público y explicadas convenientemente por el ilustre doctor que ocupaba la tribuna. Fué un cosquilleo lo que el público sintió al escuchar la frase poetizada en boca del orador, que con calor y precisión pronunciaba, desmenuzando su tema, en el que ponía cerebro y espíritu, o sea ciencia e idealidad.

Tenemos definido ya, digo yo, todo lo que apetece el hombre. Dentro de nuestra filosofía se encuentran con abundancia bien definida, todas las posibilidades de vivir en armonía en una sociedad donde el Estado con todos sus vicios, corruptelas y maldades haya desaparecido y quede solo la vida de relación, empleando para ello la asociación de esfuerzos, de productos, de necesidades, con el apoyo mutuo y los pactos voluntarios.

Pero queda, para mí, un algo que no me satisface, que no me llena, no se si por miopía mía o por exceso de idealidad; encuentro áspera la expresión de muchos de los que propagan y con su aspereza, no hacen que sus palabras penetren con sencillez en el cerebro de las multitudes.

Mi punto principal está en la palabra amor, tan llena de encantos y atractivos, tantas veces escrita en libros sabios y contradictorios, en discusiones y polémicas, tanto en el hogar como en la calle, en el foro como en los cuerpos legisladores, en ateneos como en sociedades. Entre nosotros, y entre los mejores, se ha tratado con elocuencia, pero se deja, al hablar de ello, que siga tratándose la unión de los dos sexos, que se nombren de pacto amoroso y otros epítetos por el estilo, que no cambia el mal sabor que en la actualidad tiene, denominándole contrato matrimonial, que es como si dijéramos compra o venta de cereales, de objetos de vestir, de terrenos, de casas, de caballos, de cerdos. ¿Verdad que sería mejor que todas las cosas que no afectan a la materialidad plena de la vida, sería mejor tuvieran otra denominación, otro modo de decir, que hiciera de ello algo inmaterial, algo que fuera abstracto? Sería además enriquecer el léxico anárquico y sería un incentivo para las multitudes, en sus momentos de idealidad.

Hermosear la vida de los hombres es nuestra misión, y como la humanidad tiende a la socialización de todo lo que en el mundo existe, podemos decir muy bien socialización de los goces de la vida, a todo lo que resulte del esfuerzo del hombre, a todos los productos del placer, porque a la persecución del placer marcha la humanidad, empleando luchas titánicas, desde que el mundo es mundo, desde que los hombres sienten en sí, que es de siempre, algo que flota, algo que no es comercio.

Llamarle pacto, unión, contrato, trato, al acto sublime de asociar dos seres los placeres de la carne y del espíritu, es algo inmoral, algo bajo, algo que no responde a tan sublime acto, que solo los imbuídos de panteísmo saben apreciar y que las religiones han rebajado a nivel tan bajo, haciéndolo prostitución vergonzosa, que ata y amarga la vida, hasta que nuestra influencia llegue de lleno a las costumbres de toda la gentuza.

Busquen los que sepan, los que de escritores tengan dotes, palabras que enriquezcan el hablar en anarquista; suelten de continuo en el campo de las multitudes esas frases que llenan los corazones lo mismo que los cerebros; que los poetas canten en estrofas, en medio del fragoroso batallar, cantos que enardezcan, que las multitudes, aunque un poco dormidas por tantos siglos de religión y esclavitud, tienen un alma grande, que no la expanden más que en los días de sol ardiente y noches de clara luna, ahora y en todas las edades, como nos demuestra el estudio falorico y la etnología de los pueblos.

La grandeza de alma hemos de buscarla con palabras que sepan descubrirla en las hondeces de los pueblos y para que estos pueblos sean batalladores no es solo menester decirles que se subleven, sino que para sublevarse, es indispensable hacerles sentir la hermosura, la belleza de la vida, puesta en contraste con los sufrimientos, como supo hacerlo Zola con la iniquidad que con Dreifus se cometía. Solo él que tanto amaba, que en tan alto lugar ponía la palabra amor, supo indignarse; solo él que tan bellas páginas de amor supo poner en su gran "Trabajo", era capaz de tal hombría. Las multitudes se indignarán con nosotros, el día que sepan amar mucho, el día que sepan que existirá, cuando su voluntad lo quiera, una asociación de los goces de la vida.

GALFE

### Evolución política

## El Estado monopolizador

El sufragio no sirve seguramente para que el votante designe al más probo, al más inteligente, al más activo de los candidatos. Y es probable que jamás sirva para tal cosa, por mucho que la cultura popular se desarrolle e intensifique, ya que es poco menos que imposible percibir con acierto las cualidades y condiciones de un hombre, ni aun tratándole asiduamente y mucho menos cuando sólo se le conoce al través de la pirotecnia de los discursos y la hojarasca de los artículos periodísticos. Esta dificultad, posiblemente insuperable, se agrava con la absoluta imposibilidad que hoy por hoy existe, de poder prever nuestras propias ideas futuras y nuestros actos de mañana, sujetos a factores que nos son desconocidos completamente, a factores imprevistos que surgen perturbando por entero nuestras concepciones y que han de determinar nuestra vida en sentido insospechado. Así, pues, si no podemos anticipar lo que opinaremos en el más cercano futuro, mucho menos podremos saber como obrará el elegido por nosotros para que nos represente, aun en el supuesto de que en el momento de la elección nos sean perfectamente conocidas sus condiciones morales e intelectuales.

Este escollo del sufragio, escollo insalvable, se complementa con el surgir continuo de problemas cada día distintos, de los que ni votantes ni votados pueden tener formada opinión con anterioridad, y sobre los cuales necesitan pronunciarse los elegidos, teniendo que hacerlo en consecuencia con arreglo a lo que mejor les parezca en el momento en que se presentan, sin que quepa pretender consultar a sus electores, que muy bien pueden hallarse divididos en cada caso por opiniones distintas.

De todas las formas de gobierno que han podido ser ideadas hasta la fecha, es la democracia la más ilógica, puesto que a los defectos graves que quedan señalados, hay que agregar el absurdo de que tengan que pronunciarse sobre las más distintas cuestiones, hombres carentes de conocimientos especiales sobre cada una de ellas. Abogados que legislan sobre marina y hacienda; médicos que votan en asuntos agrícolas y ganaderos; ingenieros que conciertan relaciones internacionales; poetas que solucionan problemas higiénicos; el comercio y la industria por periodistas y militares, etc., etc. Así resultan verdaderos ciempiés en la práctica los acuerdos legislativos, sin que los ministros sean capaces de corregir los defectos y absurdos de la legislación, porque también ellos carecen de conocimientos especiales, ya que proceden de esas filas legislativas en que sólo descuellan los más habladores y audaces.

Y si los elegidos no están en condiciones para resolver con acierto las cuestiones públicas, menos pueden estarlo sus mismos electores, en general menos ilustrados todavía y pertenecientes a las más variadas clases y sub-clases sociales.

Es ahí en donde otro inconveniente serio ofrece la democracia. Porque si los elegidos son incapaces de discernir con justeza lo bueno de lo malo en un proyecto cualquiera, y los electores están aun menos capacitados para ello, no se concibe como los representantes del pueblo pueden representarlo, es decir, sostener la opinión y los intereses de quienes los eligieron, que es en realidad lo que democráticamente hablando estarían obligados a hacer.

Los socialistas han tratado de aliviar esta dificultad, llevando la voz de sus sufragantes en unos cuantos asuntos—en los que forman la plataforma electoral o el programa mínimo del partido.

En cambio en todo aquello que no está de antemano prefijado, proceden obligadamente como los legisladores de los demás partidos, según su entendimiento, voluntad o interés particular.

Esto da lugar en los parlamentos que los socialistas tienen representación numerosa, a que unos miembros del partido voten en contra de otros ofreciendo el más divertido de los espectáculos. Y como las cuestiones comprendidas en las plataformas electorales son pocas y anualmente se debaten en los parlamentos centenares de cuestiones, resulta que la dificultad que el parlamentarismo presenta para ser útil, para proceder con acierto, subsiste igualmente desde el punto de mira socialista, puesto que la colaboración parlamentaria de los representantes socialistas adolece de la misma inepcia que caracteriza a los otros diputados para todo lo que no es de su especialidad.

* * *

A pesar de todo esto, el sufragio alcanza de día en día mayor predicamento.

Las gentes votan en la mayor parte de los países con empeño, y se ha ido constituyendo en casi todas partes una fuerza electoral efectiva que los políticos de toda categoría adulan y tienen en cuenta.

Estimulado el sufragismo por los socialistas, poco a poco se ha ido poniendo una masa de votantes alrededor de tres o cuatro fórmulas concretas, que por otra parte son también una aspiración sustentada de enérgica manera fuera de los comicios electorales por enorme número de hombres.

Los políticos profesionales se han percatado de este doble fenómeno que robustece en los parlamentos a los socialistas y es en la calle motivo de disturbios y perturbaciones económicas. El voto y la huelga, han transformado la política, hasta no hace mucho incondicionalmente puesta al servicio de los capitalistas.

Constituyen los hombres políticos una clase especial, parasitaria, plegadiza, atenta siempre a mejorar su propia situación y condiciones de vida.

Antes, el político escalaba el parlamento, casi exclusivamente con el apoyo de otro cofrade que ocupaba posiciones oficiales privilegiadas. En la actualidad utiliza el encasillado gubernativo y el voto popular simultáneamente o por separado.

Las elecciones ganadas popularmente por los políticos avanzados o los socialistas, han indicado a todos los políticos profesionales de la política el camino del triunfo. Han visto la fuerza electoral latente tras las modificaciones que en las condiciones del trabajo reclaman a diario, con insistencia abrumadora los obreros, y han comprendido el peligro que para la estabilidad de este régimen en el cual viven tan holgados, representan esos enconos, esas luchas callejeras entre el hambre y la avaricia, entre los oprimidos y el funesto derecho de posesión de los infatuados capitalistas. Y lógicamente, para no verse desbancados por los políticos socialistas o derrocados con todo el armatoste social de que son parte integrante, han iniciado una conversión hacia ese socialismo tan vapuleado por ellos mismos pocos años atrás.

De esta manera se han ido incorporando a la legislación leyes reglamentando la explotación del hombre por el hombre, modificándola, suavizándola, y en los programas de los diversos partidos políticos han aparecido promesas económicas que sus propiciadores aseguran cambiarán por entero la situación del proletariado.

No importa que las leyes obreras no se apliquen, o las violen impunemente a cada paso los capitalistas, así como tampoco importa que el impuesto a las herencias, el impuesto a la renta, la liberación de gravámenes a los artículos de consumo, sean paños tibios, que no solucionan nada y que en definitiva sólo son cambios de nombre, ya que la única cosa capaz de ser gravada es el trabajo, que es de donde en resumidas cuentas salen todos los impuestos de hoy y los imaginables de mañana; que lo que nada produce nada puede dar, y este es el caso del capital.

* * *

El hecho que tratamos de hacer resaltar, es esa evolución de los políticos, con el correspondiente auge del sufragio, evolución que en algunos países americanos está teniendo una consecuencia por demás original.

Lo principal, pues, en este asunto es observar como los profesionales de la política se inclinan hacia el pueblo, no siendo difícil preveer que si llegaran a convencerse de que era un peligro cierto para ellos, para su subsistencia como clase parasitaria y directriz, el sostenimiento del actual régimen económico, abandonarían a los capitalistas a sus propias fuerzas y hasta irían contra ellos con el mismo empeño conque hoy van contra los trabajadores y defienden los intereses del capital. Y del mismo modo que en la época actual echan las tropas a la calle para salvaguardar la propiedad, mantener el orden y garantizar la llamada libertad de trabajo, no es improbable que mañana obliguen por la fuerza a los patronos a acceder a las reclamaciones de los burgueses asalariados, en nombre de la salud pública, del derecho al trabajo y so pretexto igualmente de mantener el orden.

A los políticos profesionales—y lo son todos los que a la política se dedican—les importa un comino de los capitalistas y el capitalismo, como de los obreros y las reclamaciones de éstos. Lo esencial es conservar sus posiciones y si les parece más factible esto mediante el apoyo de los trabajadores, hacia estos se inclinarán echando a un lado a los capitalistas.

Así lo hacen ya de una manera bastante marcada. Pues todas esas leyes obreras y malabarismos impositivos, más que a defender al capital, tienden a sostener sus propias posiciones de directores de la cosa pública, amenazadas por el disturbio callejero, por la huelga crónica que puede adquirir de un momento a otro carácter de revuelta capaz de tumbar las sacrosantas instituciones. Han visto en los proyectos de los socialistas un a modo de muro de contención y se los han apropiado sin empacho, con lo que a la vez disputan a éstos su creciente popularidad, que les venía restando votos y haciendo de ellos competidores afortunados.

Desde luego, y dicho sea de paso, esa competencia no es para nosotros de mayor interés, porque en resumidas cuentas tan profesionales de la política son unos como otros y todos van tras la posesión del poder, tras la conservación de sus prerrogativas y encumbrada posición.

* * *

El caso es que han hallado una manera de sortear el peligro y la aprovechan, llegando algunos a atrevimientos inesperados.

Así tenemos presidentes de república, como el recientemente derrocado en el Perú, y el del Uruguay, cuya fuerza reside en los trabajadores, y personalidades como el hijo del presidente del Brasil, que del mismo modo se hacen ambiente entre los obreros con fines políticos personales.

Particularmente el jefe del gobierno uruguayo se destaca en esta evolución política de una manera notable, encaminándose hacia el socialismo de Estado todo lo rápidamente que le es posible. Si en su mano estuviese, a esta hora habría monopolizado todos los medios de transporte, todas las industrias y todo el sistema de producción.

Lo curioso es que haya anarquistas que simpaticen con esa labor, robustecedora en alto grado del poder político, de las prerrogativas del Estado y que son en consecuencia la más rotunda negación de los ideales anarquistas.

Porque el presidente Batlle va a eso: al socialismo de Estado. Y va con una fuerza que los socialistas no podrían igualar en ningún caso ni forma.

Desde luego que la evolución de éste no tiene por causa ni la competencia de los socialistas, cuyo número es escaso, ni el temor al movimiento obrero, más efectista en el país que efectivo.

Se trata de restar fuerza al partido blanco, partido formado por los grandes propietarios de la tierra y que en repetidas ocasiones ha echado al campo al proletariado rural, armas al brazo.

Haciendo del Estado el gran monopolizador, se sujeta económicamente al capitalista adversario en política y se forma un extenso círculo de empleados y obreros que son al par que elementos electorales propicios, defensores de un gobierno que es al mismo tiempo su patrón.

Monopolio de seguros, de alcoholes, de tabacos, de usinas eléctricas, de vías de comunicación—unos ya realizados y otros en gestación—van a hacer del Uruguay un Estado cuyo gobierno será industrial, banquero y comerciante; patrón y autoridad en una palabra.

Como complemento de esta obra de absorción, que dará al Estado preponderancia enorme en la vida del pueblo, el presidente Batlle trata de sustituir la presidencia personal por un Directorio de nueve individuos, a semejanza de las compañías anónimas, directorio del que anualmente se renovará un miembro por medio de elecciones generales, con lo que dicho se está que siendo los ocho restantes quienes presidirán la elección, jamás será posible cambie de manos el poder político-económico que ha discurrido el actual gobernante.

* * *

He aquí una imprevista solución al problema social, que puede servir de modelo a los George y Asquith que en Inglaterra tratan de disminuir el poderío de los nobles.

El Estado-Patrón y los ciudadanos funcionarios, con la consiguiente disciplina y división en categorías que dificulten toda huelga, toda subversión y todo desalojo del mando a los felices dueños del gobierno.

Felizmente para las ideas de libertad, ni el gobernante uruguayo podrá monopolizar todas las fuentes de riqueza, todos los medios de producción, ni en país alguno es factible semejante empresa, que de serlo reduciría al proletariado a la servidumbre más miserable, ni aun cuando en ella, como en la esclavitud antigua, tuviera asegurada la pitanza.

Pero es curioso observar lo que discurren los políticos para asegurar su predominio y ver como se les aguza el ingenio para salvarse de las exigencias cada vez más perentorias del proletariado.

Y sin la derivación electoral, encauzada hábilmente por los socialistas, es seguro, no solo que se solucionaría prontamente el problema de la propiedad y la autoridad, sino que la evolución pseudo-obrerista de los políticos se efectuaría más deprisa.

Lo que hay que tener presente, es que esa evolución en países de escasa propaganda emancipadora y reducida agitación obrera, puede crear un nuevo estado de cosas, difícil de transformar después y que aseguraría a los profesionales de la política mayor predominio aun que en la actualidad y por tiempo quizás mucho más largo. Y esto conviene evitarlo; hay que impedirlo.

EDUARDO G. GILIMÓN

## La propaganda en el campo

Varias veces hemos indicado la necesidad de extender la propaganda entre los campesinos, a los que es sumamente fácil inculcarles las ideas de libertad y emancipación.

Esta necesidad la hemos sentido en el propio terreno. Sucede al campesino con su bienestar lo que al sediento cuando le nombran el líquido que ha de mitigar sus angustias.

Largos siglos de esclavitud viene sufriendo el campesino sin que de la libertad tenga la más pequeña noción y cuando a sus oídos llega la voz de los propagandistas, que les hablan del derecho que tienen a una existencia mejor y a un trato más humano, parece como que despiertan de un largo sueño y de sus labios brotan palabras de odio contra los causantes de su desgracia y se crispan sus puños prontos a caer sobre sus explotadores.

Y ocurre lo que hace años ocurrió en la campiña andaluza y lo que recientemente ha ocurrido en Mendavía (Navarra).

La voz sincera y convincente de los propagandistas les demostró la injusticia que sobre ellos pesaba pasando todo el día encorvados sobre la tierra produciendo riquezas que los holgazanes disfrutarán y ellos, que no entienden de leyes, pero que instintivamente sintieron la necesidad de trabajar para ellos, ni siquiera pensaron en arrebatar los productos a quienes los poseen contra toda ley natural, sino que fueron al campo improductivo, que tal vez no figuraba todavía en el registro de propiedad individual, a hacer producir a la tierra inculta y dieron comienzo a la roturación del campo situado a orillas del río Ebro, en cuya labor fueron sorprendidos por la guardia civil que, en nombre de la ley, les impidió continuar su labor.

¿Cómo iban a creer ellos, sencillos campesinos, que había leyes que impidieran hacer producir a la tierra inculta? Firmes en su creencia, más lógica que todas las leyes, se hicieron fuertes en su propósito, lo que dió como consecuencia la detención de cuatro trabajadores y la ausencia obligada de otros varios.

Lo ocurrido en Mendavía, debe servirnos de estímulo para que nuestra propaganda llegue a los más recónditos lugares.

## La capacidad de nuestros adversarios

Siempre que hay elecciones generales, ya sean estas para renovar las cámaras legislativas, como los municipios, todos los enemigos de la acción revolucionaria del pueblo y todos los que desean que la clase trabajadora no se liberte de las tutelas oprobiosas que hoy imperan, aguzan el ingenio con el propósito de demostrar a la masa que el parlamento, las diputaciones y los municipios son lugares en donde se labora para que el pueblo se vaya libertando paulatinamente de aquellas tutelas hoy imperantes, en el orden religioso, económico y político. Pero quienes se vuelven negros de tanto laborar por el triunfo de su partido, son los socialistas, que no cesan de hacer la propaganda para que sus candidatos no vayan al agua, como vulgarmente se dice.

Esos, en las pasadas elecciones, después de hacer grandes gastos de energías, lo mismo intelectuales que físicas, viendo que su savia cerebral, para combatir a los anarquistas por haber hecho una buena tirada, y no tiraje como dijo TIERRA Y LIBERTAD,—porque en eso, los socialistas demuestran ser castizos en el idioma,—de manifiestos anti-electorales, no podía dar más que párrafos como aquel, en donde dicen "que en España hasta los anarquistas son reaccionarios y apegados a las prácticas por el uso".

Pero lo gracioso del caso es que para demostrar que los anarquistas son reaccionarios, en el mismo artículo a que nos referimos, publicado en el órgano de aquella Federación de Agrupaciones socialistas imaginaria, y por más señas que aparece en Reus, copian estos trozos de nuestro compañero Juan Grave:

«Es una ilusión de las más infantiles el imaginarse que el hecho de repartir algunos millares de manifiestos o folletos, demostrando los males del parlamentarismo, bastará para hacer cambiar de opinión a los que creen hacer uso de un derecho eficaz escogiendo entre los candidatos que le piden sus sufragios el que mejor les parezca o el que mejor supo mentir...

»Para hacer buena labor en período electoral, LOS ANARQUISTAS DEBEN RENUNCIAR A CONVENCER A LOS ELECTORES DE QUE DEBEN ABSTENERSE DE VOTAR, cosa difícil de comprender para el individuo que no ha sido iniciado o preparado de antemano por una propaganda más general.

»Lo que conviene demostrar es la imposibilidad en que se halla el Parlamento de transformar el orden económico, origen de toda explotación y de toda dominación; demostrar que, mientras los unos poseerán la riqueza para pagar el trabajo de los otros, y que estos, para comer, se verán obligados a vender sus brazos o su cerebro, no podrá haber igualdad política, ni igualdad económica, y que no son precisamente los artículos de la ley lo que puede hacer cambiar este estado de cosas.»

Grave habla de una de las modalidades de la propaganda anarquista y como parece que esta puede beneficiarles a los señores de Reus, la aceptan ignorando, claro está, como lo ignoran todo, aunque se llamen científicos, los propósitos nuestros al hacer propaganda anti-electoral. Nosotros sabemos eso que dice Grave, aunque no es una verdad en absoluto, pero también sabemos que cuanto más se ridiculicen las elecciones y los candidatos más tajada, valga la frase, podremos sacar en la contienda; lo que nosotros hacemos no es para convencer a los fanáticos de tal o cual candidato ni de tal o cual partido, sino lo que nos interesa es ese conjunto de indiferentes que decide siempre en las elecciones. Nosotros a la par que demostramos la inutilidad del Parlamento no sólo para resolver la cuestión social sino para resolver todas las cuestiones de la vida contemporánea, afirmamos nuestro verbo antipolítico, consiguiendo así que el pueblo no concurra a los colegios electorales. Y una prueba de nuestra obra está que en las pasadas elecciones sólo votó una cuarta parte del censo.

Nuestra obra siempre fué a la par que de construcción de un mundo nuevo anti-capitalista y anti-autoritario, de combate contra todo el presente, y jamás hemos caído en contradicción como el órgano de los catorce socialistas con los siete candillos, que después de atacar a los anarquistas como reaccionarios, en el mismo número y en sitio preferente publican este trozo de Jules Vallés, trozo que está de acuerdo con nuestro pensamiento y con nuestra acción:

«No quiero encerrarme en un bivac, teniendo ante mí todo el campo de batalla revolucionario.

»Soy partidario de las afirmaciones puras, de las fórmulas claras.

»Las ideas deben tomar cuerpo y erigirse aisladas y rectas, como un blanco o como una bandera.

»Así se puede discutir alrededor de ellas o disparar contra ellas.

»¡Atrás los politicastros... tanto los que agitan el trapo rojo de los jacobinos como los que mueven el pañuelo blanco de los parlamentarios!

»¡Hay que arrinconar esas reliquias!

»Ahora es el obrero quien lleva, envuelta en su blusa, con la herramienta y el pan para la sopa, el pan y la herramienta de la idea social.»

Nuestra obra siempre se ha manifestado en hechos lo mismo como revolucionarios que como propagandistas del ideal mas grande que haya concebido la mente humana: la Anarquía.

Frente una a otra está la capacidad de unos y de otros; quien tenga un adarme de inteligencia puede hacer la elección.

ELOY TREPAT

## Un triunfo de la justicia

### Los presos de Baena en libertad

Compañeros de todo el mundo, salud.

Como ya se había anunciado en la prensa, el día 20 de febrero se celebró la vista de la causa que contra nosotros se seguía.

La verdad ha prevalecido por esta vez y la justicia ha alcanzado el triunfo que le correspondía; pero si ambas cosas se han logrado ha sido debido a la solidaridad prestada por todos los que aspiran a su emancipación y a la intervención oportuna del ilustre jurisconsulto don Eduardo Barriobero, el que, para probar nuestra inocencia en los hechos que se nos imputaban, ha tenido que incorporarse al Colegio de Abogados de Córdoba.

Hoy, desde las columnas de este campeón, os mandamos nuestro fraternal saludo y hacemos constar que, si por luchar en pro de un ideal de justicia se nos encarceló y se nos ha tenido más de un año sufriendo las penalidades de una prisión injusta, hoy que nos encontramos en libertad estamos dispuestos a continuar la lucha con el ahinco que nos presta el convencimiento de que sólo con la unión de los trabajadores es la única forma práctica que nos conducirá a la verdadera emancipación de todos los explotados. —*Eduardo Ordóñez Ramos.—Antonio Plazas Castro.—José Orejuela.*

Baena, marzo de 1914.

(Se desea la reproducción en toda la prensa obrera.)

## La base moral del Anarquismo

**(Discusión con un individualista)**

El otro día, en Roma, en presencia de numerosos compañeros, tuve con un "anarquista" individualista una discusión que considero útil reproducir.

Naturalmente, mi contradictor hablaba en nombre propio y creo que no debe hacerse responsables de sus palabras a todos los individualistas, tan diferentes los unos de los otros. Sin embargo, hallé en sus conceptos fundamentales y mucho más en su manera de razonar, tanta concordancia con la manera de razonar de otros individualistas, que me convencí de que no se trataba de un caso excepcional, sino que podía ser considerado como típico para toda una categoría de individuos.

Aunque no era precisamente la primera vez que escuchaba la afirmación de varios absurdos en nombre de la ciencia y de la filosofía, confieso, no obstante, que me quedé atónito, cuando, al comenzar la discusión, se me dijo que yo sabía ciertamente que, hablando desde el punto de vista filosófico, todo cuanto acontece es anarquista o, por lo menos, todo lo que sucede cuando los hombres luchan entre sí. ¡Y yo que lo ignoraba! ¡Qué mortificación!

—Pero, objeté, el zar ¿es anarquista cuando ahorca a los nihilistas y hace que sus cosacos atropellen a los obreros?

—Sin duda alguna, desde el punto de vista filosófico.

—¿Y los nihilistas que le lanzan bombas?

—También ellos son anarquistas, porque la filosofía...

—El burgués que oprime al obrero, le despoja y le echa a la calle cuando no le produce ya ningún beneficio, condenándole a morir de hambre, ¿es anarquista?

—Sí, porque defiende sus intereses y lucha para consolidar su poderío y ensanchar su esfera de dominio.

—Y el obrero que se agita, se organiza y se rebela para evitar que le despojen, ¿es también anarquista?

—Pero si esto es evidente. Patrono y obrero, emperador y súbdito, luchan para gobernarse unos a otros, y puesto que luchan, son todos anarquistas. La lucha por la dominación es una ley de la naturaleza y quien quiera que luche, de una forma u otra, es anarquista.

—Entonces, ¿para qué sirve la palabra "anarquismo" si no determina ni distingue nada? ¿No había ya en el idioma las palabras "natural" para indicar todos los hechos de la naturaleza y "humano" para indicar que se habla de las cosas o hechos relacionados con los hombres, así como las de "guerreros, tiranos, rebeldes", etc., para referirse a hombres que luchan entre sí? ¿No resulta un contrasentido o un absurdo llamarse "anarquista" cuando se designa también bajo el mismo nombre al adversario contra el cual se lucha? ¿No bastaría llamarse "enemigos"?

—Tú sabes que la filosofía...

—Mira, yo no se verdaderamente nada, y, para hablarte claro, lo que tú me dices me parece digno de una casa de orates. Pero tolera que yo ignore todo cuanto se relaciona con la filosofía, compadécete de mi ignorancia y emplea un lenguaje más apropiado a mi capacidad.

Mi contradictor fué muy cortés y renunció, para complacerme, a repetir a cada momento las palabras "filosofía" y "filosóficamente".

¡Al fin pudimos razonar!

La discusión recayó sobre la "banda Bonnot", y, naturalmente, mi contradictor encontraba sus actos admirables. Ellos perseguían una finalidad y para lograrla destruían todos los obstáculos que a ella se oponían, eliminaban resueltamente cuanto hallaban a su paso. Ellos tenían derecho al bienestar, a la libertad, y marchaban, intrépidos, a la conquista de su derecho.

—Pero ¿y los derechos de los otros?

—¡Qué les importaban los otros!

—Luego, ¿por qué debíamos considerarlos como anarquistas, como compañeros, cuando, en realidad, no hacían más que lo que hacen los peores burgueses, los peores tiranos, esto es, sacrificar a los otros, acudiendo hasta al asesinato para lograr un fin bajamente egoísta?

—Cada uno debe afirmar su personalidad y vivir libre y plenamente su propia vida. La sociedad nos niega ese derecho y nosotros nos lo tomamos por la fuerza.

—Muy bien; pero hay otras personalidades que tienen el derecho de afirmarse, hay otras vidas que, a su vez, debieran ser vividas plena y libremente. Por lo tanto, nace la lucha y, como consecuencia, la opresión de los vencidos, como en la sociedad actual, en la que debe buscarse la garantía de la libertad y del desenvolvimiento de sí mismo en la solidaridad con todos los seres humanos, y no en la dominación de los demás o en su opresión.

—¡Eres un religioso!

—Si la religión significa el desear el bien de todos.

—¡El bien de todos! ¡Eres un sentimental, un cristiano, un filántropo, un socialista!

—Llámame también imbécil, pero dime: ¿no sientes nada en tu pecho cuando ves un niño que llora o alguien que es víctima de un abuso de poder o que muere de hambre?

—Yo, no; son cosas que no me interesan. Y si algunas veces llegan a incomodarme, ello depende del estado de mis nervios. No es precisamente por esta razón que yo soy anarquista.

—Pues llámate anarquista, si así te place; pero con los anarquistas tal como nosotros los comprendemos no tienes nada de común. Si nos ocupamos de la cuestión social, de la que creemos vislumbrar la solución en la abolición del monopolio político y económico, es porque sufrimos viendo sufrir y no podríamos ser dichosos si no nos viéramos rodeados de hombres que también lo fueran. Podríamos dejar de ser comunistas si creyéramos haber hallado una mejor solución, pero la fuerza que nos sostiene y nos estimula sería siempre el amor de los hombres. Y este amor se siente o no se siente: no lo dan ni la ciencia ni la filosofía. Por lo mismo, es a menudo un sentimiento latente que puede ser despertado y puesto en actividad. Y aquí está el principal objeto de la propaganda.

Aquí debiera haber terminado toda discusión si, verdaderamente, mi contradictor hubiese sido tal como parecía por sus palabras. Pero es, probablemente, un buen muchacho, como lo son tantos de esos sedicentes individualistas que gustan de hacer razonamientos disparatados y afirmaciones horripilantes, pero que, en el fondo, tienen iguales sentimientos que los nuestros y luchan por la misma causa. Quizá sólo se diferencian de nosotros por el hecho de tener la cabeza llena de nociones desordenadas y mal asimiladas, y se darán cuenta de que se hallan de acuerdo con nosotros, cuando habrán digerido los libros que leyeron con demasiada precipitación.

Mi contradictor que, al escucharle, parecía una plaga para la pobre humanidad, demostró acto continuo que en realidad se preocupaba de los efectos que las acciones de los individuos pueden producir sobre las condiciones de los otros y que se interesaba también por la causa general cuando concluyó diciendo: "¡Ah, que sucedería si todo el mundo obrará como Bonnot! ¿Cómo sería posible la opresión?

* * *

En esta exclamación se halla la clave del error en que incurren los individualistas, o cuando menos todos aquellos para quienes el individualismo no significa bajo egoísmo e insensibilidad frente al mal del prójimo, sino que es, por el contrario, una doctrina, un método que se propone para la emancipación integral de todos los individuos.

Creen que el amor y la solidaridad entre los hombres pueden y deben derivar del conflicto de los egoísmos en lucha; que la emancipación humana puede y debe resultar de la rebelión de los individuos, de todos los individuos, cada uno por sí, sin tener en cuenta los intereses de los otros. Pues bien; durante toda la vida de la humanidad los egoísmos han estado en conflicto y los individuos han luchado mientras sus fuerzas se lo permitieron por sus propios intereses, indiferentes o contrarios a los intereses del prójimo. El producto de todo ello es la sociedad actual, y si ésta aun no ha llegado a ser peor de lo que en realidad es, si ha dejado entrever cierta posibilidad de progreso y desarrollo, débese a que en el curso de la evolución los sentimientos altruistas (amor, simpatía, espíritu de sacrificio, apoyo mútuo) han corregido o atenuado siempre los desastrosos efectos del egoísmo y de la lucha.

Si todo el mundo obrara como Bonnot, habría los Bonnots más fuertes, más hábiles o más afortunados que vencerían y reducirían a esclavitud a los otros y les obligarían a trabajar para ellos. Además, ¿no está compuesta la sociedad de Bonnots grandes y pequeños que procuran destruirse mutuamente por todos los medios? Y el Bonnot del cual se trata ¿no cayó víctima de Bonnots más verdaderos, más auténticos y más grandes que él, quienes por haber sido ladrones y asesinos mucho antes de que él viniera al mundo, han acumulado medios de defensa y de represión contra los cuales se es impotente si sólo se cuenta con el valor propio y aunque uno se halle armado de automóvil y carabina?

La emancipación no podrá lograrse hasta que los oprimidos se rebelen contra los opresores en interés de todos. Una sociedad dispuesta a garantir a todos los individuos el desarrollo completo de su personalidad, debe ser fundada sobre el amor y la solidaridad entre los hombres y no puede nacer más que del amor y del espíritu de sacrificio.

De la lucha emprendida por interés personal deriva necesariamente la victoria de los unos y, como consecuencia, la derrota y la esclavitud de los otros.

ENRIQUE MALATESTA

## ¿Cómo haremos la revolución?

Con este título han dado a luz un libro los compañeros sindicalistas franceses Pataud y Pouget, que ha sido agotado y reeditado varias veces.

A la segunda edición le puso nuestro